

LA BATALLA DE AYER

por Joaquín Gracia Ruiz.

A todos aquellos que han caminado conmigo en estas fantasías.

PRÓLOGO

La noche era luminosa gracias a la labor callada de centenares de farolas. Por las calles todavía circulaban algunos coches y los semáforos, nuevos cíclopes, guiaban sus mensajes a los conductores. Sin embargo, la ciudad no estaba en silencio: pubs, bares y discotecas no cerraban hasta bien entrada la madrugada. Incluso desde aquella azotea podía escucharse la música átona y estridente de una zona popular entre los jóvenes. Bajo las estrellas que conseguían brillar en el eterno crepúsculo de la capital, los pasos se hicieron más leves. El metal forjado ya no llenó el aire nocturno con sus sonidos y una mano liberó el seguro de una espada.

Odiaba aquella civilización de muerte. Todo era demasiado gris. Y, para colmo, no sabían dónde se encontraba Jehr.

Casi dos a os entre este pueblo de apariencias. Todavía ignoraba cómo habían logrado pasar desapercibidos aunque, quizá, su interior ya conocía el porqué. No ven, había dicho Arish; y probablemente tenía razón.

Una lata oxidada recorrió veinte metros hasta chocar con la cornisa y las placas de acero volvieron a sonar.

El tejado no era muy grande pero serviría. Había visto a Sohkem con una mujer de aquel tiempo hacía unas horas y lo había retado con la mirada. Se habían reconocido. Estaba seguro. No tardaría en venir.

El viento comenzó a soplar. Unos papeles revolotearon sobre los cables del teléfono antes de precipitarse por el hueco de la calle.

No era normal.

La hoja de una espada brilló al desenvainarse. Reflejos dorados jugaron sobre la armadura. Una luz de neón parpadeó hasta apagarse una y otra vez.

Sohkem.

Una figura de dos metros de alto, corpulenta y con un casco con cuernos se perfiló contra las ventanas encendidas de los edificios cercanos. Jinahr se preparó: alzó su arma y se afianzó en su posición. Las botas de bronce chirriaron sobre el suelo. Sohkem levantó la mano derecha. La luz verde de un anuncio de cerveza iluminó el filo de su hacha y el gigante pronunció con voz ronca y áspera un nombre.

Sudor. Hacía mucho que no llevaba su armadura. Suerte que terminó encontrándola en aquella vieja casa.

Un grito.

Ya viene.

El bárbaro, con las dos manos aferradas al recio mango, se abalanzó sobre Jinahr que enfrentó su acero. Las chispas brotaron con el contacto de los metales y ambos esquivaron sus ataques. El combate había empezado.

Seguía igual de fuerte que siempre. Iba a ser un duelo interesante.

Su enemigo probó suerte con un ataque al costado que Jinahr paró devolviéndolo, a su vez, con uno sobre el hombro. Lo esquivó por poco y retrocedió un paso. Intercambiaron unos golpes más y se separaron varios metros durante unos segundos. Se miraron. Una sirena se escuchó cerca. Sohkem rió con fuerza y saludó con una inclinación de cabeza. A continuación saltó hasta un edificio vecino y desapareció de su vista.

Sí, nos veremos.

La policía subió rápidamente por las escaleras. Habían sido alertados por varios vecinos. Unos locos luchaban en la azotea con espadas. Abrieron la puerta de hierro que comunicaba con la parte superior del edificio. Estaba vacía.

CAPÍTULO I

Nueve menos veinte. Como siempre, le había sobrado tiempo para llegar. Mejor así. Le apetecía estar solo y la universidad a esas horas estaba desierta. A pesar de todo, algunos jóvenes caminaban por las calles del campus y uno o dos vehículos escogían el mejor sitio para aparcar.

Otro primer día. Le hubiera gustado que las vacaciones durasen un poco más pero casi deseaba empezar de nuevo. Odiaba la monotonía y unas vacaciones continuadas terminarían por aburrirle. Además, el aprender algo nuevo se había convertido para él en una necesidad y el verano le privaba de sus mejores momentos.

Soplaba una ligera brisa y el sol fabricaba arco iris en la fuente. Todo como cualquier día de otoño por la mañana.

Le encantaba el aire fresco que se respiraba a esas horas en la ciudad universitaria. Sentirlo sobre su piel le recordaba que había lugares donde el hombre no había puesto su mano, llenos de vida.

Rodeada de jardines y frondosos árboles, era una de las zonas verdes de la ciudad más concurrida, debido especialmente a la población estudiantil que, obligados de una forma u otra, invadían el lugar para esas fechas.

Decían que uno de los catedráticos era duro. Como siempre. Los rumores, aunque fundados, no solían afectarle. Resultaba sencillo capear los temporales con su habitual determinación. Lo único que podía suponer un profesor así sería trabajar más o menos. Era muy fácil poner etiquetas. Qué poco le gustaba. Encima, cuando pretendía combatirlas, lo tachaban de extremista; quería aclararlo y era un traidor entre los primeros. Hacía un tiempo, había decidido dejar de tomar partido y contar sólo consigo mismo.

Con un fuerte ademán el joven abrió la puerta del inmenso vestíbulo de su facultad. Luminoso, daba acceso a las dos alas del edificio donde se agrupaban los distintos departamentos, laboratorios y aulas. Tomó la escalera central. Las salas y pasillos bien conocidos le devolvieron su tranquilidad acostumbrada y no tardó en encontrar dónde se impartirían sus clases el resto del curso.

El primero ya estaba allí. No lo conocía. Era normal encontrar siempre a alguien nuevo aunque, no sabiendo muy bien por qué, le parecía haberlo visto antes. Probablemente habría asistido a alguna de esas clases voluntarias del año pasado. Creía incluso recordar ese extra o colgante de metal que tenía sobre el pecho. Un medallón curioso: enmarcado en un círculo metálico había unos peculiares trazos

junto con una calavera. Los singulares caracteres recordaban la escritura oriental pero estaba casi seguro de que no pertenecían a la misma. Llamaba la atención como si una fuerza extraña atrajera las miradas sobre él.

Poco a poco, sus nuevos compañeros comenzaron a llegar. Vinieron dos chicas y se sentaron unas filas más atrás. Ambas con el pelo largo. Una rubia, de ojos verdes y una larga melena rizada. La otra morena, con el pelo liso y mirada clara. Vestían pantalón vaquero y llevaban camisas blancas. La primera llevaba en la mano una cazadora; la otra, un jersey fino atado a la cintura. Las conocía de vista: habían ido a su clase el año pasado aunque siempre se había mantenido a cierta distancia. Solía causar una incómoda sensación en la gente, posiblemente debido a su férrea voluntad, que provocaba que no muchos quisieran hablar con él. Quizá este año fuera distinto.

Conforme se acercaba la hora, los asientos más cercanos a la mesa del profesor fueron llenándose. Cuando el timbre sonó, un hombre entrado en años, algo calvo y vestido con un traje azul y corbata a rayas entró en el aula.

El curso había empezado.

CAPÍTULO II

A través de las ventanas en lo alto de los muros, la luz se colaba a hurtadillas iluminando el salón de columnas de piedra y los gigantescos sillares de los muros. Las extrañas cristaleras creaban curiosas formas en las paredes como si todo fuera un gigantesco calidoscopio. El techo abovedado y los pilares dividían el espacio en tres naves siendo la central la más alta de ellas. En un extremo de la sala, opuesta a un portón inmenso de madera podía verse una piedra rectangular con bajorrelieves de seres increíbles y amenazantes que se enfrentaban con graves caballeros y fieros guerreros. El altar tenía sobre él un paño de terciopelo negro y, encima de este, ardía un candelabro de tres brazos de oro macizo. En el silencio, la monotonía de los pasos se rompía en ecos profundos.

Una corriente de aire hizo vacilar la llama. Una madera chocó contra madera y una figura detuvo su paseo crepuscular. Sus manos fueron hasta su pecho y las yemas de los dedos recorrieron las líneas de un extra o medallón.

- ¡Lokem!

Una sonrisa se dibujó en unos labios firmes y resueltos.

-Saludos, maese Jehr. Bienvenido al templo de Kron.

-Tú no puedes acoger en esta casa. La sombra del señor de la guerra no te protege. Tú y yo sabemos a quién pertenece el símbolo que hay sobre tu pecho.

-Sí, Takimor -musitó reverenciándolo.

-Sí. El dios de los infiernos. El patrón de los traidores -dijo el mago.

Las palabras parecían arder en sus labios y las soltó como escupiéndolas sobre el suelo.

-Te dejas llevar por los sentimientos, maese Jehr. No es propio de ti. El tranquilo y justo Jehr.

Con un deje de ironía, el sacerdote oscuro volvió a pasearse. Rodeó una columna y se acercó al mago.

-Creo incluso que te domina la ira. No, no. Eso es peligroso. Podrías cometer un error con tu magia y...

-No te preocupes. No necesito la magia para acabar contigo.

Se miraron enfrentándose: los ojos oscuros del clérigo y los claros del mago. Si alguien hubiera estado allí, hubiera creído que llegarían a las manos pero no hubiera sido propio de ninguno de ellos.

En ese momento, Jehr dio dos palmadas y cuatro guardias aparecieron recortados en la luz de la puerta.

-Prendedle -ordenó el hechicero.

Los hombres de armas avanzaban por la nave central hacia donde estaban haciendo resonar el metal de sus armas y armaduras. El clérigo sonrió y llevándose la mano al pecho murmuró en voz baja algo que parecía ser una plegaria. El medallón brilló unos segundos. Una extra a bruma de color grisáceo, como los cabellos de los difuntos, lo inundó todo provocando que las sombras dominasen el templo. Las columnas se convirtieron en árboles pétreos y el suelo parecía agua de pantano. Se pronunció en voz alta una palabra de poder. Una luz brilló. La ilusión desapareció y con ella el padre Lokem. Los guardias miraron, buscando una explicación, al mago que los había traído allí. Su mano los despidió restando importancia al asunto pero sus ojos iban más allá.

CAPÍTULO III

Al fin. Maldito hechicero. No debí haberme confiado.

Surgiendo de la niebla, del limbo, el espíritu del poderoso brujo tomó conciencia del cuerpo en el que se había encarnado. Pudo sentir de nuevo el latido de un corazón propio, el aire en sus pulmones y la sangre fluyendo en el cuerpo. Era hombre de nuevo.

El poder será mío esta vez.

Sus manos bailaron en el viento en un gesto conocido. Pudo notar la magia entre sus dedos. Habían sido siglos de espera a que llegase el tiempo y los años hasta poder tomar su cuerpo, eones interminables en el limbo. Sin embargo, ahora era de nuevo de carne y hueso, sudor y sangre. La metempsicosis era un hecho.

La figura de un hombre joven dio unos pasos entre las ruinas. Las piedras desmoronadas del castillo, recortadas en la luna, tenían un aspecto tenebroso y amenazante. Sus pies se detuvieron junto a la base de una columna. Comenzó a separar los escombros esparcidos en su base.

Sabía que estaba aquí. Ella lo había llamado.

Un reflejo de plata recorrió los muros.

Su mente trabajaba deprisa informando a su espíritu de la naturaleza de su ser y de su tiempo mientras su cuerpo aceptaba la fuerza que, latente, había residido dentro de él sin ser utilizada.

Aquí esta. Dahin: el símbolo de su poder.

Junto a la espada, el cinto y la vaina. A su lado, en unas alforjas, que parecían increíblemente nuevas, aquello que realmente iba a necesitar en su enfrentamiento contra Jehr: el talismán de Takimor.

Lo sabía.

Se estremeció. El aire estaba impregnado no sólo de los aromas de un pinar cercano sino también del frío de las lejanas montañas. El brujo se irguió en toda su estatura. Su cuerpo respondía perfectamente. En realidad, parecía el mismo. Sus labios esbozaron una sonrisa.

El desafío comenzaba de nuevo. Esta vez estaría preparado.

Ajustándose el cinto y tomando el arma en la mano, jugó con ella atacando adversarios invisibles y derrotándolos uno por uno con un brillo de crueldad en sus ojos negros. Saltó entre las rocas con agilidad felina moviéndose, en mágica danza, como pocos humanos lo harían hasta alcanzar la hipotética entrada del castillo.

Después, tras recorrer una senda retorcida entre unas rocas, el recién llegado alcanzó su coche. Abrió la portezuela y, echando en el asiento de atrás las alforjas y la espada, se sentó en el del conductor. Respiró profundamente.

El tiempo ha llegado, Jehr.

Encendió las luces y el motor, quitó el freno y se dirigió a la ciudad.

CAPÍTULO IV

-Por fin te encuentro, Arish -dijo alzando su voz sobre la amalgama de sonidos existente en la discoteca.

-Amanda, Santiago; mi nombre es Amanda -protestó la joven con voz dulce en el oído de su amigo.

- ¡Por los dioses! Siempre me olvido pero esta vez tengo una buena excusa. Acompáñame. Hemos visto a Sohkem.

La pareja salió sin intercambiar más palabras. El chico se le adelantó mientras, en la semioscuridad del local, Arish consiguió coger su chaqueta y, tras deslizarse entre los danzantes, alcanzar la puerta donde una melena larga con cuerpo de mujer se enroscaba a un cuerpo de formas masculinas y pelo corto. En el exterior, Surihr la esperaba apoyado en una pared.

Conseguía moverse en aquellos ambientes de forma excepcional. Era quien mejor se había adaptado.

Cuando terminó de ponerse la chaqueta, la chica embrazó a su compañero y sonriendo, como dos amigos cualesquiera de ese tiempo, se alejaron de las calles céntricas de la vieja ciudad.

Sohkem. Uno de los lugartenientes de Kairhos. Esto comenzaba a complicarse: un mundo nuevo, apenas recién reencontrados y Jehr desaparecido. ¿Dónde estaría? La llegada los había desorientado pero habían conseguido reconocerse y juntarse de nuevo a pesar de todo. Pero, Jehr...

Minutos después llegaron a la orilla del río. El paseo, a esas horas, estaba desierto y podían andar tranquilos con la seguridad de no ser oídos.

-Cuéntame. ¿Cómo ha sido?

-Fue el sábado pasado, por la noche. Jinahr lo descubrió y lo retó. Ya sabes que tienen algo pendiente.

-Inconsciente...

-Tranquila. Se citaron en una azotea.

-Pero, ¿los vecinos?

-Avisaron a la policía pero ya se habían ido cuando llegaron.

-Menos mal. ¿Cómo está Jinahr?

-Perfectamente. Sohkem no pudo con él.

- ¿Cómo no me lo dijisteis antes?

-No pudimos. Has estado seis días de acampada y tus nuevos padres no quisieron darnos el teléfono donde localizarte. Ya sabes que no les gusto mucho.

-Está bien. Silencio.

Una pareja de policías pasó cerca de ellos. Disimulando, Arish se apoyó en el hombro de Surihr y se lo llevó de allí. Su cabeza albergaba muchísimas dudas. Si Sohkem estaba en aquel mundo, también podrían estarlo Shidia, Vamia, Lokem y, ojalá no, Kairhos. Necesitaban a Jehr. Ahora más que nunca.

-¿Dónde está Jinahr?- preguntó de repente Arish.

-Buscando a Sohkem.

-Pero será... Dile a ese imbécil que olvide sus batallitas de crío y madure de una vez. Tenemos que buscar a Jehr. No sabemos si Lokem o Kairhos están aquí. Los necesitamos si tenemos que enfrentarnos a ellos. El potencial de este mundo es increíble. Vamos, yo avisaré a Amihia. Te llamaré mañana.

Antes de que pudiera protestar, Arish se alejó corriendo. Surihr se sonrió: una druida dando botes. Metió las manos en los bolsillos de la cazadora y volvió al centro. Jinahr buscaba a Sohkem en la zona de pubes donde lo había encontrado la primera vez.

CAPÍTULO V

El fuerte viento soplaba sobre las rocas arrastrando las olas hasta el malecón. El cielo, cubierto, amenazaba lluvia y el mar, agitado, golpeaba la madera de los barcos amarrados al muelle. La ciudad, protegida por las antiguas murallas se preparaba para la tormenta.

Dos hombres, desafiando los designios de Kron y Altarius, paseaban sobre la espiga que protegía la cala. La espuma saltaba a sus pies y la fuerte brisa agitaba sus mantos y sus cabellos. Uno de ellos se detuvo, se sentó sobre una piedra enorme y, suspirando, dirigió su mirada al horizonte.

-Estoy cansado, Jinahr. Yo no quise esto. No nací para esto.

La armadura del caballero tintineó; apenas audible por el fragor de las olas, cuando, imitando a su amigo, se sentó en una roca cercana. Una gaviota aleteó cerca de ellos y terminó posándose unos pasos más allá. Su pequeño cuerpo tembló de frío o quizá su instinto le advertía de lo que se avecinaba.

-Eres humano, Jehr, y no has dormido en dos días. Es normal que te encuentres cansado.

-No es eso. Es la continua lucha, la absurda política en el consejo, la dirección del ejército,... Toda esta maldita guerra.

-Es cierto. Yo también desearía un descanso: poder disfrutar de una comida tranquila, cortejar a una dama y soñar tranquilo. Sin embargo, no puedes decir que no se te dé bien ni la política ni la estrategia. Eres de los mejores. Conoces a la gente y sabes cómo convencerla.

-No, no he querido decir eso, Jinahr. Hubiera querido dedicar mi vida al arte y a la magia, simplemente; pero en los últimos años me he dedicado, sobre todo, al arte de la diplomacia y a la magia de la política. Maldita sea.

Una piedra chapoteó en el agua. El viento comenzó a soplar aún con más fuerza. La campana de un barco tañó a cierta distancia. El caballero se irguió en toda su estatura y puso una mano sobre el hombro del mago.

-Va a llover. Será mejor que regresemos.

-Sí, enseguida voy. Ve tú delante.

Jinahr apretó con suavidad su brazo.

- ¡Ánimo! Pronto terminará todo esto pero mientras te necesitamos. Aguanta.

Los pasos resonaron metálicos alejándose. Una ola salpicó sobre las rocas su tesoro de espuma. La gaviota, sorprendida, alzó el vuelo. Unas gotas dulces mojaron la mejilla de Jehr. La mirada perdida en el horizonte hizo caso omiso de todo aquello.

Necesario. Ojalá no lo fuera. Desearía poder olvidarse de todo, aunque fuera sólo por unos instantes, y poder dormir sin sueños. La vida corría deprisa y se le escapaba de las manos. Si no fuera por la guerra...

La llovizna se convirtió en lluvia. Un relámpago cayó al mar y se escuchó un trueno. Jehr se levantó mientras se mojaban sus ropas. No sintió frío, sólo paz. El agua parecía llevarse en esos instantes parte de su dolor. Sus pasos tranquilos y cuidados, retrasando el momento de volver a ser el general y el archimago, recorrieron la espina hasta el muelle del puerto. Allí los guardias lo saludaron con respeto. Uno de ellos se atrevió a mirarle a los ojos. Deseó no haberlo hecho. Vio hielo y fuego, sombra y luz, melancolía y valor, tristeza y voluntad.

Algún día...

CAPÍTULO VI

El sonido de los cascos de un caballo al galope resonó en el llano. La piel plateada del animal brillaba iluminada por la luna blanca de los elfos. Una arboleda se perfiló en el horizonte con sus oscuras formas.

Un esfuerzo más. Ya queda poco.

La estepa retrocedía inexorablemente. Los cerros cercanos devolvían la carrera en redobles confusos. Una sombra cubrió las estrellas un momento y ocultó la faz de Klimiria.

El bosque servirá para ocultarnos.

Shidia volvió la cabeza. Apenas visibles en la distancia se distinguían las figuras de unos jinetes. Una luz brilló entre ellos. La amazona se encogió sobre la silla pensando que la habían descubierto.

Rápido.

Los segundos pasaban. Volvió la cabeza. Una estrella había caído del cielo y la perseguía junto con los hombres del emperador. Sólo significaba una cosa: un mago iba con ellos y había invocado a un fuego fatuo o a algún espíritu de la luz semejante para iluminarles en el camino. Podría asegurar, casi con toda certeza, quiénes eran sus perseguidores. Estaría Jinahr, el noble y estúpido caballero, defensor de las antiguas leyes. Algún día se daría cuenta de que el honor no tiene sentido y que la palabra sólo tiene poder cuando es completamente flexible. También iría Arish, la sagrada druida que, cuando empezó la guerra, dejó los sagrados bosques para aliarse con las fuerzas imperiales. Junto a ella, Surihr, uno de los más jóvenes generales de su majestad, estaría atento para que no sufriese da o su mejor amiga. A la cabeza cabalgaría la impetuosa Amihia, una irracional guerrera aún más estúpida que Jinahr. Pero entre ellos se encontraría Jehr, el archimago. Él era el único a quien realmente temía. Su poder era inmenso. Si, como antaño, los dioses caminaban sobre la tierra, él sería uno de los pocos que podría igualarse a ellos. De hecho, comenzaban a crearse leyendas sobre él. Se decía que si aquellos no bajaban

de las nubes era debido a la presencia del hechicero sobre las tierras de Rostiar y, aunque sólo eran tonterías del populacho, encerraban parte de verdad.

Su caballo saltó sobre unas raíces. Su cuerpo femenino y de suaves curvas se encogió en el asiento evitando las ramas bajas. Un búho ululó en la distancia y el corcel aceleró su frenética carrera.

Su señor estaría satisfecho. Había conseguido discernir las claves fundamentales de la estrategia imperial y, pese a que sus indagaciones habían sido descubiertas, nunca sospecharían hasta dónde había llegado. Nadie era rival para ella. Pronto, la victoria.

Sombras oscuras avanzaban hacia sus enemigos conforme se adentraba en el bosque. Un riachuelo. Sonidos huecos sobre piedras y agua. La luna creó joyas durante unos instantes. Volvió el rostro. La estrella fatal había dejado de brillar. El bosque acababa unos pasos más allá; tras él, el llano. Su montura relinchó con satisfacción.

Sí, ya estamos en casa.

Elevándose en el llano podía verse una construcción ingente: un conglomerado de torres, bastiones y murallas; una fortaleza prácticamente inexpugnable desde donde Kairhos, príncipe de Dahin, gobernaba su reino.

CAPÍTULO VII

-No huyas. Sabes que, al final, te alcanzaré.

La carrera resonaba en la grava del camino. Unos metros más allá una larga cabellera rubia zigzagueaba entre los árboles del parque. Una fuente murmuró a lo lejos su soledad nocturna.

Amihia era ágil y rápida pero no incansable y ella era más resistente. Terminaría parándose.

Entre unos arbustos escuchó unas risas. Ella rió también y siguió tras su enemiga. Se estaban internando cada vez más.

Mejor. Sin testigos.

Tras unos centenares de metros llegaron a una plazoleta. En el centro podía verse la egregia estatua de un hombre de bronce; rodeándola, seis bancos vacíos y un alto seto. El lugar no sólo era solitario sino también apartado y aislado. Allí, Amihia se paró, dejó su mochila en el suelo y de un tubo de cartón sacó, sin inmutarse, una espada mientras jadeando increpaba a su perseguidora.

-Jinahr fue demasiado benevolente perdonándote la vida. Vas a probar el sabor del acero.

Sin vacilar un momento, blandió su arma hacia la garganta de la otra mujer que llegaba a la carrera. Instintivamente se echó a un lado y rodó llenándose de polvo. Amihia se revolvió a tiempo de verle sacar unas dagas mientras de un salto se ponía en pie. Rodearon la estatua con metales entre ellas.

-¿Creías que ibas a poder escapar?

-No; ya veo que tu cabeza sigue tan brillante como siempre.

-Oh, no creas. Es la laca.

Vamia aprovechó el gesto de desprecio de su enemiga para atacarla. Giró sobre sí misma y se acercó con peligrosidad a la espada. Justo antes de que la alcanzase, fintó su movimiento y saltó a un lado golpeando con la pierna a la otra guerrera. Esta se quejó de la patada e intentó un ataque que Vamia, en mejor posición, esquivó con facilidad.

-Has perdido reflejos. Este mundo no te ha sentado muy bien.

-Bastarda. Tú y tus truquitos.

E inmediatamente volvieron a enfrentarse. Amihia lanzó una serie de mandobles que hicieron retroceder a Vamia varios pasos. Sin embargo esto la cansó un poco. Unido esto al golpe recibido anteriormente, bajó la guardia durante unos instantes pero bastaron para que su enemiga tomase el control. Lanzó una de sus dagas y, mientras su rival se apartaba de su trayectoria, la derribó con un golpe en el costado. La espada voló de la mano que la sostenía y se clavó en unos jardines a varios pasos del lugar de la pelea. Sin dejar que se levantase y gracias a la conmoción de la caída, Vamia se sentó sobre su enemiga y puso la daga que todavía llevaba en la mano en su cuello.

-Amihia, despídete. Sé amable.

La guerrera, sabiéndose vencida, se mordió los labios y cerró los ojos maldiciendo su mala suerte mientras lloraba por dentro por perder la vida fuera de casa. Sin embargo, cuando Vamia comenzaba a alzar la daga para cercenar la existencia de su rival, su mano fue retenida por una pegajosa sustancia.

-Maldición -protestó.

El golpe de una criatura invisible la empujó varios metros. Se revolvió de inmediato y le hizo frente a la nada.

- ¿Quién eres?

- ¿Tan pronto has olvidado a tu hermana?

De la sombra de un castaño salió la figura menuda de Arish. Sus ramas, extrañamente, parecían protegerla en un gesto paterno aunque no se hubieran movido. Vamia soltó una carcajada, saludó con una inclinación de cabeza y huyó del lugar al verse en desventaja. Ya habría tiempo de seguir con la lucha.

La druidesa fue a ayudar a su amiga a levantarse. La noche de otoño trajo el olor a tierra húmeda.

CAPÍTULO VIII

Llego tarde.

Su prisa recorría los callejones del centro, abarrotados a esas horas de la noche por multitud de jóvenes que disfrutaban del recién comenzado fin de semana. Algunos y algunas se volvían al verla pasar como queriendo corroborar su existencia. Sí, ella era bonita y tenía un cuerpo proporcionado y esbelto, pero la razón por la que se volviesen era por la asombrosa melena que cubría toda su espalda sin problemas.

Había quedado con Jinahr y Surihr en uno de los bares que solían frecuentar pero, otra vez, se le había pasado la hora. Estuvo viendo la puesta de sol porque se sentía triste y los recuerdos la habían llevado fuera del tiempo. Comentaron algo de un plan entre ellos pero antes que nada debían hablar con Arish.

Y llegaba tarde.

De repente, algo, quizá su intuición, le hizo tomar un atajo que hasta entonces no se le había ocurrido. Giró a la izquierda y tomó una calleja apenas transitada. Oscura y angosta, estaba apenas iluminada por una única farola. Al final de ella, un pequeño café contribuía con su dorada luminosidad

a hacer menos sombría la vía. Entonces sus pies se negaron a responderle, sus ojos se fijaron en un único punto y su boca se abrió de forma increíble. Detrás de la cristalera, en una de las mesas, estaba Jehr, su amigo y la persona más buscada por sus compañeros en las últimas semanas.

Sin disimular su alegría, Amihia entró en el local y se dirigió a la mesa que el mago ocupaba con dos jóvenes más y, antes de que nadie pudiera impedirlo, la impulsiva guerrera se sentó en las rodillas de Jehr y lo abrazó con fuerza.

- ¡Qué ganas teníamos de encontrarte! Ya verás cuando se lo cuente a los demás, Jehr.

Unas manos suaves pero firmes le obligaron a separarse y unos ojos fríos la miraron sin reconocerla.

-Perdona pero creo que te equivocas de persona -dijo el joven que ella creía que era su amigo.

Los ojos castaños de Amihia reflejaron sorpresa y se levantó un poco avergonzada. Sin embargo, reconocía esas facciones, esa expresión noble y esa mirada profunda que lo traspasaba todo. En su memoria, el momento en el que se conocieron relampagueó un instante. Esa mano, que con firmeza la había apartado poco antes, la había ayudado a levantarse tras el asalto de unos bandidos en el que, si no hubiera sido por Jinahr y él, hubiera perdido la vida. Era él o, al menos, su sombra.

¿Qué hacer?

Ruborizada todavía, la joven musitó una disculpa y, no sabiendo cómo conseguir que su amigo recuperase la memoria decidió ir a buscar a sus compañeros. Mientras sorteaba las mesas, de regreso a la calle, escuchó los comentarios jocosos de los contertulios en la mesa de su amigo.

- ¡Qué callado lo tenías! -bromeó una voz.

-No sé quién es, de verdad.

- ¿Quién lo iba a pensar? Juan Peña, un conquistador.

- ¡Que no la conozco, pesados!

-Pues deberías haberle pedido su teléfono.

La puerta repicó al cerrarse. El frío de la noche refrescó sus mejillas. Comenzó a andar por las callejuelas. Metió las manos en el abrigo y de nuevo se sintió triste. Recordó qué hora era.

Llego tarde.

CAPÍTULO IX

La brisa rizaba levemente la superficie del lago. Algunas hojas doradas cayeron al agua desde las ramas otoñales de los árboles de la orilla. La tarde estaba avanzada pero todavía habría luz durante algunas horas. Una pequeña barca se deslizaba lentamente bajo unos sauces casi sin hojas merced al impulso de unos remos manejados por un joven que, en apariencia, había llevado a dar un paseo a su novia. La madera chapoteaba torpemente en el agua algunas veces y la risa hacía presencia en los labios de ambos jóvenes.

-Esto no es lo tuyo, Jehr.

-No te preocupes -dijo el aludido dando un nuevo impulso-, un sencillo conjuro y...

-Lo prometiste.

-Lo sé, lo sé, pero la próxima vez dejaremos que vengan Jinahr o Surihr. Ésta sí que es la última vez que me convences, Arish.

-Y lo bien que te lo pasas, ¿eh?

El mago, cansado, recogió los remos y dejó la barca deslizarse a su voluntad. Los árboles daban una sombra fría y tranquila en el lago. Respiró profundamente. Sus ojos se perdían en las profundidades del bosquecillo cercano. Con su mano acarició el agua creando pequeñas ondas que se disolvían unos pasos más allá. Ella esbozó una sonrisa.

Sin la capa roja, símbolo del mando de general que ostentaba, y, tras meses de tensión, por fin algo relajado, parecía un hombre normal. Además sus anillos y su vara de mago estaban en palacio por lo que, incluso, no parecía un mago.

Sólo un hombre.

No quiso perturbar ese momento de paz, uno de los pocos que disfrutaba desde que empezó la guerra y respetó su silencio quedándose callada y observándole.

Soñador.

Sin embargo, quería hablarle, escucharle: compartir parte del peso que, aunque invisible, parecía cargar en todo momento.

Demasiado bueno, demasiado responsable, demasiado sensible.

No, no era frío, severo y justo como decían algunos. Ella lo conocía. Lo había sorprendido demasiadas veces en actitudes como aquella, hasta con lágrimas en los ojos. Sin embargo, salvo para unos pocos, él era Jehr, el archimago, el general, y él mismo levantaba ese muro de roca dura y fría para protegerse.

-Perdona, no te atendía -se disculpó Jehr-. ¿Qué tenías que contarme?

Ella se sorprendió. Se había quedado mirándole fijamente.

-No era nada, sólo una excusa para que me trajeras aquí. Surihr y Jinahr parecen muy ocupados para perder el tiempo con un tranquilo paseo en barca.

Jehr sonrió.

-Te entiendo. Yo también necesitaba este silencio, pero será mejor que volvamos al castillo. No hemos dicho nada y empezarán a buscarnos.

El mago cogió de nuevo los remos y se dirigió hacia el embarcadero. Mientras llegaban, Arish volvió su rostro hacia oriente donde el sol no tardaría en ocultarse. Un atardecer hermoso como no había disfrutado en mucho tiempo teñido del rojo y el púrpura de los sentimientos. El mago ocupado con la travesía no se fijó en ella.

Ahora lo sé, lo amo y no puedo decírselo.

Una lágrima rodó por su mejilla. Apretó los labios.

No, no debía llorar. Eso lo preocuparía.

CAPÍTULO X

-Veis, os lo dije -exclamó triunfante Amihia.

-Por Silas, que tenías razón -admitió uno de sus amigos.

-Pues vamos a por él -apremió Surihr.

-Espera. Ya sale. ¿Qué hacemos? -preguntó ella.

-Has dicho que no te ha reconocido -pensó en voz alta Surihr-. Sigámosle.

El joven que se parecía tanto a Jehr dejó la zona de pubes de la ciudad y, andando, se encaminó a los barrios periféricos. Hacía frío y caminaba encogido con una bufanda verde alrededor del cuello. Unos pasos por detrás de él: Surihr, Jinahr y Amihia.

Demasiado cerca.

No obstante, debían alcanzarlo en cuanto se alejasen de las zonas más transitadas. Antes, un abordaje como el que tenían previsto podría parecer extraño y después, podría ser tarde.

El joven miró hacia atrás unos instantes.

Surihr intentó hacerse el despistado mientras sus amigos escurrían el bulto entre los coches aparcados en la bocacalle que cruzaban.

Comenzó a correr.

Lanzando una maldición, Jinahr y Amihia se lanzaron tras él mientras Surihr intentaba detenerlo con un hechizo. Sus manos brillaron con la energía sutil de la magia y unas hebras intangibles surgieron de sus dedos en todos los colores del arco iris. Sin embargo, apenas una de ellas tocó el brazo del joven se desvanecieron. Pues éste, en un acto que no podía ser más que un reflejo largamente aprendido, dibujó con sus dedos un conjuro de protección. No hubo palabras: sólo un veterano archimago podía realizar esa hazaña. Viendo que con su arte no podría hacer nada, el guerrero mago se unió a la carrera.

Por su lado, los otros dos jóvenes ganaban terreno. No obstante, su ignorancia de la zona permitía al perseguido mantener algo de distancia. Finalmente, el joven llegó a una zona residencial y se detuvo frente a un portal. Es sus manos aparecieron unas llaves y la puerta pareció abrirse casi sin necesidad de utilizarlas. El caballero aceleró la carrera y consiguió llegar a tiempo para que no la cerrase. Ambos empujaban desde su lado. Ninguno de ellos parecía conseguir su objetivo.

- ¡Jehr! -gritó, desesperado.

- ¡Que no soy ese! -jadeó intentando en vano cerrarlo.

En ese momento, Amihia alcanzó a su amigo y uniendo sus fuerzas consiguieron abrirla. El joven, aprovechando su indecisión al entrar, huyó por las oscuras escaleras. Se oyó abrirse y cerrarse una puerta antes de que pudieran subir un piso siquiera tras encender la luz.

-Mierda -protestó Amihia.

Surihr se les unió entonces.

-Es él, aunque no lo sepa -comentó-. Nadie de este mundo hubiera podido resistirse a mi hechizo.

-Habrá que montar guardias -propuso Amihia-. Tenemos que conseguir hablar con él.

-De acuerdo. Yo haré la primera -se ofreció Jinahr-. Nos vemos mañana. Avisad a Arish.

Los otros dos jóvenes se despidieron deseándole suerte y fueron a llamar a la druidesa.

CAPÍTULO XI

La habitación estaba a oscuras y en silencio. Un silencio que la noche hacía más profundo y más temible. Sobre todo, teniendo en cuenta el poder de los dos hombres que se enfrentaban. Cualquier fallo podía ser fatal.

La puerta se abrió y una luz verdosa procedente del colgante que llevaba al cuello iluminó un

sin fin de retortas, alambiques, pergaminos y frascos. Kairhos había encontrado por fin el laboratorio de maese Jehr. Se movió despacio entre mesas, atriles y estanterías con el respeto de quien conoce a su enemigo y con la curiosidad por averiguar el fin último de sus investigaciones. No obstante, no se entretuvo mucho y pasó de largo hasta llegar a la biblioteca donde sabía que estaba lo que buscaba: el tomo de Joshim, corazón de dragón. Tardó un poco, pero menos de lo que pensaba. Bajo el aparente desorden, el libro ocupaba un lugar importante entre las obras de la librería. Sus manos lo cogieron con respeto, acariciando la piel que lo encuadernaba, y sus dedos recorrieron los símbolos que decoraban su lomo. Lo tomó con delicadeza sintiendo el poder invisible que emanaba de él.

Con una inspiración profunda se preparó para abrirlo. Lo sostuvo en sus manos aún cerrado unos segundos ordenando sucesivamente sus ideas. Luego pronunció las palabras de la lengua arcana y el volumen comenzó a brillar. Durante unos instantes, lo retuvo para dejarlo levitar seguidamente delante de él. Comenzó a abrirse. Las páginas se separaron y una, en especial, se detuvo ante sus ojos.

De repente, el libro comenzó a desmenuzarse; de sus hojas caía un polvillo dorado como si de una lluvia extra se tratase. Poco después, el preciado tomo había desaparecido carcomido por mágicas termitas. Su sorpresa le había impedido evitarlo.

Desconcertado por el suceso, Kairhos no se dio cuenta de cómo una figura, vestida con una túnica gris, se materializaba en el aire a unos metros de él. En sus manos llevaba un libro encuadernado en piel con extraños signos en su exterior.

-Al principio pensé que querías destruir mi torre, pero eres demasiado inteligente para ello. Así que deduje lo que vendrías a buscar.

El brujo dio un paso atrás sobresaltado.

-Jehr. Prepárate para morir.

Sin dilación y repuesto de la sorpresa, desenvainó su espada y un relámpago brotó de ella. El rayo impactó en el otro mago disolviéndolo al instante.

Demasiado fácil.

-Kairhos, te creía más listo. Has caído dos veces en el mismo truco.

El brujo se revolvió y vio una figura en la puerta. Entrecerró los ojos. Esta vez no fallaría.

Sus manos dibujaron unas letras en el aire. Tres esferas de color rojo surgieron de la nada y se dirigieron hacia el mago. Su mano se levantó y, mientras las esferas ígneas desaparecían en un círculo azul, una luz dorada iluminó la habitación deslumbrando a Kairhos. Este invocó una esfera de protección justo a tiempo de evitar que lo golpeasen más de diez flechas de origen desconocido. Cuando por fin pudo ver, una niebla comenzaba a rodearlo y unos barrotes surgieron del suelo.

Tenía poco tiempo.

Sus manos cogieron una bolsa y derramaron en el suelo un círculo de arena blanca. Después juntó sus manos sobre el pecho y formuló las frases rituales. Desapareció.

-Es poderoso y rápido. Habrá que tenerlo en cuenta. La próxima vez no sé si podré pillarlo por sorpresa.

Y diciendo esto Jehr devolvió el libro a la estantería.

CAPÍTULO XII

La antesala era un cuarto peque o de paredes desnudas de piedra. Un banco sencillo de madera donde poder sentarse era su único mobiliario pero estaba nervioso y no podía estarse quieto. Había estado contando sus pasos desde que entró en la habitación. Cada dieciocho daba una vuelta y eran quince las que llevaba. Iba a comenzar a dar el paso número doscientos setenta y uno cuando un iniciado del segundo círculo abrió la puerta que separaba la estancia del gran salón. Le entregó una palmatoria con una vela y después desapareció por la puerta.

Debía entrar. ¡Cuánto había esperado ese momento!

Atravesó el umbral. La débil llama apenas alumbraba el espacio infinito de la enorme sala. Las columnas creaban un bosque de sombras fantasmagóricas. Sus pasos resonaban en el silencio ominoso que reinaba en el lugar. Tras atravesar nueve líneas alcanzó el centro: un círculo formado por nueve pilares tan altos que la peque a candela no lograba iluminar por entero. Esperó. El corazón le latía aceleradamente.

Era su momento. Por fin.

Sus ojos miraron nerviosos en torno a él. A lo lejos unas luces comenzaron a brillar. Había ocho, una por cada hueco si no contaba aquel por el que había entrado. Comenzó a distinguir las formas. Por cada pasillo se acercaba un hombre o una mujer vestidos con túnicas grises. Todos ellos llevaban un farol, una antorcha o una vela aunque algunos de ellos, en apariencia los más ancianos, iluminaban su camino con la luz de su propia magia. Se detuvieron junto a las columnas del último círculo. Pudo apreciar cómo había un iniciado de cada uno de los círculos de la magia excepto del primero.

-Bienvenido -dijeron al unísono.

Antes de que pudiera distinguir si eran meras ilusiones, si existía alguna relación entre ellos o si su coordinación era debido a la costumbre o a la ocasión, comenzó la prueba: un asalto mental continuo que puso a prueba todos los conocimientos adquiridos en los largos años de aprendizaje. Fue intenso; tanto que el dolor casi le impedía pensar. Nueve voces pugnaban en su interior por la supremacía. Sin embargo, sus estudios dieron fruto y cuando ya casi creía que no había superado el examen, lo dejaron en paz. Sus ojos se alzaron con orgullo y se posaron en cada uno de los presentes. En algunos había complacencia; en otros, admiración pero en varios de ellos vio miedo. El hombre que representaba al octavo círculo dijo:

-Bien hallado.

El más alto honor.

Entonces se volvieron y regresaron por donde habían venido.

Todo había terminado.

Miró al techo. Una luz comenzó a inundarlo todo. La claridad de un nuevo día. El techo parecía más bajo ahora y la estancia más pequeña. Estaba tumbado y en la cama. Las sábanas estaban revueltas. Aunque satisfecho, se incorporó empapado de sudor. Poco a poco, fue tranquilizándose. Respiró profundamente.

El mismo sueño. Llevaba varios meses viviéndolo más que soñándolo. Una y otra vez. Además creía conocer las personas que había allí aunque luego no lograra acordarse. Era como si las palabras se escaparan por un agujero en su cabeza. Quizá si lo escribiera...

El joven se levantó por fin y después de desayunar marchó a las clases de la universidad.

CAPÍTULO XIII

Robo en el Museo de Historia Antigua.

Los asaltantes, tras burlar el sistema de seguridad, se llevaron...

Y van tres.

...un extra o cetro descubierto recientemente en unas excavaciones y todavía no estudiado por los expertos.

El cetro, manufacturado en...

Primero, los anillos; luego, la hebilla y ahora, el cetro. Los antiguos aliados de Kairhos se estaban moviendo rápido. ¿Estaría Kairhos con ellos o seguiría dormido como Jehr?

Arish se encontraba en una cafetería situada casi enfrente del portal por el que había desaparecido el joven que, según Amihia, tanto se parecía a Jehr. Llevaba allí desde las siete cuando había relevado a Surihr en la vigilancia del edificio. La misma noche que le encontraron, hacia las doce, la habían avisado, y hubiera querido ir hasta allí en ese instante y buscarlo casa por casa. Sin embargo, su estúpido sentido común le evitó cometer una solemne tontería.

En el local había tres hombres sin contar al camarero que charlaban animadamente del partido del día anterior. Era curioso lo que veintidós hombres y una esfera de cuero podían conseguir en este mundo. Ella había pedido un café y leía ávida el periódico que lamentablemente no contaba mucho sobre el robo. Sacó los recortes que hablaban de los otros robos. La misma pauta. ¿Cómo no los relacionaba la policía?

Alguien entró: una joven morena. Se sentó en una de las mesas tras pedir en la barra. Llevaba tejanos y cazadora vaquera y parecía nerviosa. Miraba continuamente a la puerta y sus dedos jugaban con el papel del azucarillo. Había pedido un cortado y se sentaba unas mesas más allá.

Volvió la vista al diario intentado encontrar una leve pista que le indicase que se equivocaba o quién podía haber realizado el robo. Finalmente, aunque su mente le indicaba que podía estar en un error, que eran casualidades, había algo dentro de ella que le decía que andaba por buen camino. Alzó la vista unos segundos. Se estaba despistando. Ojalá Jehr no hubiera salido mientras tanto.

Deseaba poder hablar con él y más en aquellos momentos. Ella había despertado la primera en una solitaria excursión por un bosque, bastante antes que todos, y los había ido reuniendo uno tras otro. Había sido muy duro y aunque ya sólo restaba Jehr, se les acababa el tiempo. Sohkem y Vamia estaban despiertos y podía sentir el aura siniestra de Shidia y Lokem aunque no los hubiera visto.

De nuevo, la cristalera de la puerta vibró cuando, cerrándose por sí sola, entró un joven. Llevaba un chaquetón verde y pantalones vaqueros. Echó un vistazo a su alrededor y, tras pedir un café, se sentó enfrente de la otra joven. Apenas se saludaron. Ninguno parecía querer hablar. Mirándolos se dio cuenta de que muchas veces ella y Jehr se habían comportado así. En completo silencio, con barreras invisibles que impedían ser completamente sinceros. Con muchos miedos que encadenaban lo importante. De repente, a través del cristal, vio pasar por la acera de enfrente la figura delgada de un joven conocido. Tan conocido como su historia. Se levantó rápidamente. Tenía que alcanzarlo. Parecía que iba con prisa. Al salir escuchó al joven que había entrado musitar dos palabras.

No pudo evitar sonreír.

CAPÍTULO XIV

Maldita sea. Sigue andando igual de deprisa que siempre.

La figura oscura de un abrigo de paño se movía entre la gente sorteando sin dificultad el ajetreo matutino de las calles por lo que Arish estuvo a punto de perderlo un par de veces hasta que, por fin, lo alcanzó en un semáforo. Hubiera deseado tener a Jinahr o Surihr a su lado pero no había tiempo.

-Perdona -dijo acercándose al joven que se parecía a Jehr-, ¿me recuerdas?

-Me parece que no. Tengo prisa. Disculpe.

Era su voz, eran sus ojos, era él pero...

El joven sonrió y comenzó a cruzar.

-Jehr, espera.

Se volvió unos instantes. En su cara había algo de miedo y sorpresa, incluso creyó ver algo de duda también. Su boca masculló algo imperceptible y comenzó a correr. Arish fue detrás de él.

Intentó perderla en las callejuelas secundarias del entramado de la ciudad pero, viendo que no conseguía despistarla, el joven se metió en uno de los parques de la urbe.

Allí tendría más oportunidades pues setos, árboles y bancos ofrecían más lugares para esconderse. Miró hacia atrás; la joven que lo había llamado Jehr preguntaba a una pareja de ancianos. Ya casi la había perdido. Echó a correr y saltó detrás de unos arbustos. Luego, tomó un sendero entre abetos y cinco minutos más tarde se sentaba en el suelo junto a uno de ellos respirando entrecortadamente. Se había quedado en que hoy llegarían puntuales todos pero por su parte no iba a poder ser. Inspiró profundamente e intentó calmarse. Una voz lo sobresaltó.

-Jehr, has olvidado que no puedes esconderte de un druida detrás de una planta.

Se levantó de repente y miró a donde procedía la voz. Sus ojos se abrieron con estupor cuando la joven que lo había estado siguiendo pareció surgir desde detrás de un pino, quizá del mismo tronco del árbol.

-Mira, oye -gritó casi enfadado el perseguido-. No soy ese Jehr que tú y tus amigos parecéis conocer. Mi nombre es Juan, Juan Pe a. Dejadme en paz.

La miró unos segundos y después, girando sobre sí mismo, se alejó aunque Arish creyó vislumbrar una duda en su mirada. Sin embargo, sus palabras habían sido trallazos en lo más profundo de su alma, que sangraba con amargura. Las lágrimas llenaban sus ojos mientras sus labios pronunciaban un inútil discurso.

-Jehr, no puedes renunciar a lo que eres. No puedes huir de ti mismo. Recuerda, recuerda tus sueños. Despierta, Jehr. Te necesitamos.

Sus palabras parecían no hacer mella en Juan y casi había desaparecido en la distancia. Arish se rindió y se sentó en el suelo. En el mismo lugar que Jehr. Acarició la hierba que había junto a su mano. Al igual que antes el mago, respiró profundamente aunque sus motivos eran distintos.

-Te necesito -murmuró-; no puedo seguir liderando sola al grupo.

CAPÍTULO XV

Crimer brillaba en lo más alto reflejándose en las lanzas, los escudos y los yelmos de bronce. En la llanura, los contendientes se disponían para la batalla. Apenas separados por unos centenares de pasos, soldados y mercenarios de ambos bandos se miraban con odio y temor a la vez.

Detrás de las últimas líneas, protegidos por sus escoltas personales, estaban los generales que, algo indecisos todavía, no acertaban a decidir el momento del primer ataque. Por un lado, Kairhos y sus aliados al mando del mayor ejército contra el que el imperio se había enfrentado desde su creación; por otro, Jehr, el archimago de la Hermandad del Conocimiento, y sus amigos, a los que el emperador había otorgado el mando de sus huestes.

El guerrero brujo, con los ojos entrecerrados, observaba desde una elevación del terreno las evoluciones de las tropas controladas por su adversario.

Perfecto. Para ser un mago solamente era bastante buen estratega. Lástima no haber llegado a ser aliados.

Miró a su lado. Sohkem, el mercenario bárbaro que había escapado con él de las cárceles del imperio, dio un paso adelante.

-Estamos preparados.

Su mirada repasó la cuidada disposición de los suyos. Valoró por última vez los riesgos, las bajas posibles y su fuerza. Entonces, Kairhos asintió, desenvainó su espada y, con un gesto, desencadenó la furia de sus hombres. Los gritos de guerra se elevaron hasta el cielo. Las líneas avanzaban hacia el enemigo. Sin embargo, los aceros no llegaron a tocarse. De improviso la tierra se abrió y una grieta profunda separó las facciones antagónicas.

Un silencio sepulcral permitió escuchar en todo el llano una eterna maldición de los labios del frustrado hechicero. Montó su corcel y se dirigió hacia la brecha abriéndose paso entre sus tropas y seguido por sus lugartenientes. Enfrente de él, al otro lado de la sima y acompañado por los más allegados, el archimago le esperaba unos cuarenta pasos por delante de los suyos. Kairhos detuvo su caballo.

-Maldito seas mil veces, maese Jehr.

-Yo también te saludo, Kairhos.

Los dos hombres se miraron intentando adivinar las intenciones del otro. Casi simultáneamente alzaron sus brazos y la magia surgió de sus cuerpos envolviéndolos en una luz tan intensa como el propio sol. Se escucharon cantos de poder y los que lograban ver más allá de la barrera de fuerzas arcanas pudieron adivinar cómo el enfrentamiento abarcaba también a los compañeros de ambos generales.

En el exterior del mágico orbe, los oficiales aguardaban impacientes el resultado no sabiendo qué partido tomar ante la inusual situación. La luz aumentó en intensidad y ya nadie pudo mirarla. Se oyó un grito desesperado de alguien que intentaba soslayar lo inevitable. Luego una canción de tres notas, el acorde último del encantamiento, y un destello de luz purpúrea. A la bóveda celeste se elevó un trueno sin nubes y, de nuevo, el silencio. Sorpresa. Los que se encontraban en la vanguardia informaron a los que tenían inmediatamente detrás y estos, a las filas siguientes y así sucesivamente hasta la retaguardia. Sólo estupor y asombro: sus generales habían desaparecido.

CAPÍTULO XVI

Atardecía y la arboleda de las afueras se llenaba de largas sombras cuando el sol conseguía ver bajo sus ramas. Hacía frío y los paseos de enamorados hacía tiempo que se refugiaban en cines y cafeterías. No obstante, a la pareja que se encontraba allí aquella tarde no le importaba nada de todo aquello. Probablemente porque ni eran novios ni estaban paseando.

La espada trazó un arco atravesando el aire que había ocupado momentos antes el cuerpo de Surihr.

- ¡Fallaste! -se rió el joven.

Su arma giró en sus manos y con una finta previa intentó alcanzar a su contrincante que bloqueó el acero hábilmente.

- ¡Tú también! -jadeó Vamia.

Ella saltó hacia atrás para no perder el equilibrio y él retrocedió un paso: así reaccionaría más fácilmente. Giraron en círculo representando una danza siniestra. Él entrecerró sus ojos, ella pareció mirar dentro de ellos y se abalanzó sobre él. Cruzaron sus espadas y se aproximaron intentando herirse. Ninguno de los dos parecía tener ventaja.

-Sigues tan hábil como siempre -farfulló Vamia.

-Gracias, tú tampoco lo haces mal.

- ¡Qué pena que no estemos en el mismo bando! Me gustaría comprobar si aparte de la esgrima haces otras cosas igual de bien -sugirió lasciva la mujer.

-Muy amable pero estoy comprometido.

-Es verdad, se me olvidaba pero no creo que a ella le importe compartirte. Es una plebeya y ellas están acostumbradas. Los cuernos son comunes entre los de baja estopa.

-Bastarda.

Intentó empujarla pero ella lo retuvo unos instantes.

-Al caballero no le gusta que le recuerden la bajeza de su dama, ¿eh?

-Por ser quien eres me dije que no utilizaría la magia pero tú te lo has buscado.

De la cruz de su espada surgió una centella que, tras alcanzar el arma de su adversaria, le hizo soltarla al salir despedida varios pasos hacia atrás.

-Vamia, no soy Jinahr. El honor no significa más que la justicia y ya va siendo hora de que tengas tu castigo.

El filo se posó en el cuello de Vamia. Durante una fracción de segundo dudó entre si debía capturarla o acabar con la vida de traición de su enemiga. Iba a preguntarse dónde podría retenerla cuando una fuerza invisible tiró de él hacia atrás. Su rival a pesar de estar en el suelo, aprovechando la situación, recogió rápidamente su arma e intentó atacarlo. Sin embargo, no fue lo suficientemente rápida y repuesto de la sorpresa, Surihr pronunció una palabra y desapareció.

-Por Mlita, ha vuelto a escaparse -se quejó Vamia.

-Sí -dijo Lokem saliendo desde detrás de un árbol-, Takimor no nos sonrío.

- ¿Cómo sabías dónde estábamos? -preguntó la guerrera mientras recogía en una curiosa funda sus armas.

-Kairhos me lo dijo.

-Pues menos mal, ha estado a punto de matarme.

-No, no creo.

CAPÍTULO XVII

El viento soplaba doblando suavemente los tallos muertos en las vías abandonadas de la vieja estación. Las botas metálicas golpearon la grava que tintineó en los raíles oxidados. Los ruidos de una ciudad en sueños llegaban amortiguados por la distancia.

Pronto, muy pronto.

La luna, majestuosa en el plenilunio, era prácticamente el único astro que se divisaba recortando con su luz las nubes que cubrían el cielo. Desde la distancia, los edificios semejaban torres negras y las luces, las llamas de un incendio. Sin embargo, el fuego no calentaba y, en cambio, apagaba los sentimientos y adormecía el espíritu.

Se escuchó un chasquido. Luego, el recorrer unido de dos metales.

Medianoche.

Un nombre en las sombras. Alguien que gira. Otro nombre.

Junto a un viejo vagón de mercancías, el caballero Jinahr y el mercenario Sohkem se miraban expectantes. El viejo satélite brillaba sobre el filo de las armas. Jinahr respiró profundamente y levantó su espada; Sohkem, en respuesta, alzó su hacha y masculló por lo bajo.

Esta vez la policía no sería avisada.

Tensión.

El bárbaro estalló por fin. Sus piernas le impulsaron y en dos saltos cubrió la distancia que le separaba de su rival. Su arma trazó un semicírculo perfecto en torno a él dirigiéndose al cuello del caballero. Este entrecerró los ojos y, en el momento preciso, se apartó de la trayectoria letal agachándose mientras su acero atacaba el costado de Sohkem. Su adversario pareció intuirlo pues consiguió evitarlo. Trabados ya en el combate, ambos guerreros intercambiaron una serie de mandobles que, de una forma u otra pararon, esquivaron o desviaron.

Sudor. Jadeos.

Un empujón de Sohkem hizo retroceder a Jinahr varios pasos y casi le desarmó. A duras penas fintó un ataque que evitó la carga fatal de su contrincante.

Es fuerte, demasiado.

El bárbaro no se dio por vencido y sabiéndose vencedor prosiguió con sus arremetidas. El caballero, cada vez más cansado, se limitaba a parar los golpes del general de Kairhos.

Dioses, ayudadme.

Un momento, una falla.

Los ojos del caballero brillaron un instante mientras Sohkem proseguía con lo que creía su última serie de hachazos. Jinahr paró el primero. Sin embargo, en el momento preciso, se dejó caer a un lado dejando que el segundo le alcanzase el brazo izquierdo. Acto seguido, aguantando el dolor desarmó a Sohkem con un mandoble certero en el mango del arma. El otro retrocedió sorprendido unos pasos pero Jinahr ya estaba levantado; avanzó con él y alzó su espada. Su punta rozó el cuello del contrario. Sohkem cerró los ojos y apretó los labios. Nada pasó.

Por fin.

Jinahr envainó su espada. Se puso la mano en el pecho y, cuando Sohkem le miró, inclinó su cabeza a modo de saludo. Después dio media vuelta y, apretándose el brazo herido, se marchó.

Sohkem recogió su arma, se puso la mano en el pecho e inclinó la cabeza en la dirección que había tomado Jinahr.

Instantes después sólo el viento en las vías.

CAPÍTULO XVIII

La puerta de la habitación se abrió; una mujer delgada, de piel blanca y rizos casta os, que llevaba un entallado vestido negro, entró con elegancia. Todos se volvieron para observarla mientras ella se sentaba parsimoniosamente en uno de los sillones de la sala. Con tranquilidad, sus ojos recorrieron la habitación.

Decorada en un estilo moderno y funcional estaba enclavada en el centro de la mansión que Kairhos se había dado prisa en adquirir y que, gracias a sus poderes de mago, no le había costado mucho. Junto a la ventana, Sohkem miraba los jardines del exterior a través de una leve cortina. No llevaba las pieles con las que había salido la pasada noche a hurtadillas y eso le pareció extra o pues, desde hacía algunas semanas, había dejado las ropas usuales en este mundo por sus ropajes de bárbaro. Curioso. Eso había sido a raíz del encuentro con Jinahr. En el centro de la sala, paseando, se encontraba Vamia, algo nerviosa. Sus movimientos eran bruscos y sus manos se crispaban en la empuñadura de una daga. Al parecer el encuentro con Surihhr no había resultado muy agradable y deseaba una venganza que Kairhos le había vetado temporalmente. Lokem, sentado en un sillón muy cerca de ella, jugaba con el talismán que colgaba de su cuello. Ensimismado como siempre y guardándose todos sus pensamientos apenas hablaba y aún menos dejaba traslucir sus sentimientos. Frente a ellos, terminando de revisar unos papeles, estaba Kairhos, el hombre que los llevaría a la victoria, su líder indiscutible y, seguramente, una de las inteligencias más brillantes de su mundo y, por supuesto, de este.

El brujo escribió algo en una hoja y entonces levantó la cabeza, recorrió con la mirada la sala y comenzó a hablar.

-Bien, ahora que estamos todos os contaré mi plan. Esta tierra a la que Jehr nos desterró es, sin lugar a dudas, un paraíso para nosotros. Sin embargo, debemos actuar rápido porque, aunque no hay nadie que pueda oponérseme, Lokem ha localizado a Jehr. Además, habéis podido comprobar que los amigos del archimago también están aquí con él. No obstante, creo que él no ha despertado todavía puesto que no reconoció a nuestro camarada. Sin él, los otros no son más que una mera molestia. No supondrán ningún problema a nuestras aspiraciones.

Hizo una pausa, se levantó y miró detenidamente a cada uno de sus aliados.

-Os informo de los avances que hemos ido haciendo. Por ahora, ya controlamos algunos de los sectores más importantes de este mundo. De hecho, tenemos bajo nuestro mando a los gremios de ladrones más importantes, esos terroristas como los llaman los periódicos, y hemos conseguido controlar a sus principales jefes. Serán de gran ayuda en el plan que he trazado con el que dominaremos este mundo en menos de dos años. Sin embargo, para evitar que Jehr despierte antes de tiempo tenemos que evitar que sus amigos contacten con él. Vuestra tarea será capturarlos vivos: en última instancia

podrán servirnos también como rehenes. Sohkem y Shidia se ocuparán de Jinahr y Amihia, Lokem y Vamia harán lo propio con Surihr y Arish. Si tenéis algún problema llamadme y zanjaremos estos asuntos. ¿Alguna pregunta?

CAPÍTULO XIX

-¿Seguro que es aquí?

-Por supuesto. Lokem ni se enteró cuando lo seguíamos Amihia y yo.

-La verdad es que la finca me recuerda muchísimo al castillo de Dahin.

-Entonces...

-Entremos.

Cuatro figuras sigilosas desaparecieron en el aire cuando uno de ellos alzó su mano al cielo. La hiedra del muro vibró unos instantes y el aire escuchó unas voces.

-No deberíamos hacerlo. No es de caballeros.

-Sólo nos acompañas. Tu honor no está en peligro, Jinahr. Además, simplemente queremos recuperar los amuletos que Kairhos ha robado. No hay deshonor en ello.

-Puede que tengas razón.

Los hombres que el brujo había contratado para la seguridad de la finca no ofrecieron resistencia a los conjuros de Surihr y los perros que les acompañaban fueron subyugados por la voluntad de la druidesa. Minutos más tarde, los cuatro compañeros entraban en la casa por una de las ventanas del primer piso tras haber subido al tejadillo del porche.

La casa estaba en silencio. Los árboles altos del exterior, de hoja perenne en su mayoría, y las cortinas hacían de la mañana un atardecer en sombras. La habitación por la que habían entrado era un dormitorio así que empezaron a buscar en cuanto sus ojos se acostumbraron a la penumbra. Al no encontrar nada, salieron al pasillo. En el piso inferior escucharon unas voces. Un escalofrío recorrió su espina dorsal. Sólo una persona podía pronunciar unas palabras semejantes: Kairhos. Descendieron las escaleras mientras la lengua del brujo trazaba en el aire los puntos más siniestros de su plan.

Jinahr apretó los dientes y quiso enfrentarse a él pero no podía hacerlo sin comprometer a los demás. Surihr maldijo tener que mantener el hechizo que los ocultaba sin poder atacarlo con la magia. Arish rogó a los dioses que Jehr despertase a tiempo de evitar la catástrofe. Amihia, la más directa de todos, sacó su espada con intención de utilizarla en breve.

-Lokem, te encargarás de que dentro de tres meses la bolsa quiebre. Para ello dispondrás de una serie de informaciones que he ido adquiriendo y de una reserva de dinero con el que irás comprando las compañías que presenten bancarrota. Seguidamente, te ocuparás del asesinato de algunos líderes de este mundo empezando por el del gobierno del país más poderoso... Decías, Shidia. ¿No has comprendido tu parte del plan?

-No. No es eso. El control de las organizaciones de ladrones y terroristas está casi hecho y dominar a los jerarcas de las religiones, es un juego de niños; no es por lo que te interrumpido -hizo una pausa y añadió-. Creo haber oído el sonido de desenvainar una espada.

Todos se miraron perplejos. Lokem entrecerró los ojos. Sohkem miraba al infinito. Kairhos alzó la mirada al techo. Por fin dijo:

-Vamos fuera. Para esto no me hace falta ni Dahin.

CAPÍTULO XX

Abrió la puerta de su cuarto y sobre la cama tiró el abrigo. La mochila fue a parar a un rincón y las llaves a la pequeña repisa donde siempre las dejaba. Todo lo hizo mecánicamente pues en su cabeza sólo había un pensamiento: ¿quién sería ese tal Jehr con quien lo confundían?

-Lo sabes.

Alguien había hablado. Sin embargo, estaba solo en la casa. Para cerciorarse recorrió todos los cuartos, todas las habitaciones; incluso miró debajo de la cama, como los niños cuando buscan monstruos, esperando encontrar a la persona que había pronunciado esas palabras. ¿Lo sabía?

-¿Hay alguien ahí?

Pese a ser las once de la mañana una noche sobrenatural parecía impregnar las paredes de la vivienda. Intranquilo, se tumbó en la cama. Quizá sólo era sueño o quizá soñaba.

-Lo sabes.

Juan se incorporó como impulsado por un resorte. Ahora estaba seguro. Quien fuera se encontraba ahí mismo, a su lado. Pero no veía a nadie.

-¿Quién eres? -gritó nervioso.

-Tú eres-contestó la voz.

-Pero...

-Yo soy.

La voz parecía provocar incontables ecos en el dormitorio escurriéndose por los estantes, los libros, la mesa, la cama y en su propio cuerpo. Temblaba. Desde su interior alguien anunciaba.

-Bienvenido.

Su cuarto creció en altura, las paredes se alejaron y un círculo de nueve columnas surgió del suelo seguido de varios más que se perdían en la distancia. Un grito interminable. Todo su ser se estremecía y terminó cayendo por la tensión en el suelo. Un trueno y un rayo estallaron en su mente.

Silencio.

Por fin.

-Bien hallado.

El joven se levantó entonces. Era el mismo y sin embargo, era distinto. De alguna forma había crecido. Una leve aura de color azul pálido lo rodeaba. Sus ojos, perdidos en el infinito y llenos de conocimiento, miraban y descubrían las cuerdas que lo unen todo.

-Ahora sé.

Su voz había cambiado. Saber.

No disponía de mucho tiempo. Murmurando para sí, sus manos dibujaron en el aire con pura energía un arcano diseño. Cuando el círculo fue completado, él comenzó a brillar hasta que desapareció en una infinidad de puntos luminosos como polvo de estrellas.

El cuarto se quedó vacío. El sol que entró por la ventana deshizo la oscuridad de las paredes y,

sin embargo, parecía ensombrecer el cuarto en comparación con la viveza de los colores que había habido antes.

Fuera, el mediodía invernal calentó las frías aceras.

CAPÍTULO XXI

Una puerta que daba a una sala de reuniones se abrió de repente. La impresionante figura del brujo, un hombre alto y fornido pese a dedicarse al arte, separó las hojas de madera y entró en el inmenso vestíbulo. Detrás de él aparecieron Sohkem, Vamia, Shidia y Lokem. El primero llevaba en la mano una catana que adornaba momentos antes un lateral de la sala. La hermana de Arish sostenía unas dagas. Shidia recordaba en murmullos sus hechizos y el sacerdote apretaba con fuerza su talismán. Los cinco pares de ojos observaron inquisidoramente cada rincón de la habitación que, en apariencia, estaba completamente vacía.

De improviso, la bruja gritó dos palabras y unos hilillos de color violáceo aparecieron de la nada. Las hebras se unieron formando pequeñas mariposas que se posaron en el aire. Poco a poco, perfilaron cuatro figuras que terminaron por aparecer. Después todo se precipitó en el caos. Vamia lanzó las dagas hacia Surihr que apenas tuvo tiempo para cubrirse. Kairhos ordenó el ataque y Jinahr, encomendándose a los dioses, desenvainó su acero con un gesto de dolor por las heridas sufridas. Su camisa se tiñó con un color rojo fuerte. Arish elevó una plegaria y, de la nada aparecieron un millar de polillas que volaron en dirección al grupo del brujo. Lokem levantó sus manos y un humo negro engulló los insectos. Los diminutos aliados de la druidesa murieron asfixiados. Sohkem tiró la espada y, cruzándose de brazos, dio un paso atrás. Vamia lo miró sorprendida mientras Surihr se levantaba de detrás del sofá donde se había refugiado. Sin embargo, no pudo reaccionar cuando Kairhos pronunciando las palabras de un conjuro empujó a sus cuatro enemigos contra las paredes de la sala. Shidia haciendo lo propio, hizo que unas cintas de pura energía capturasen a Jinahr que había conseguido resistir el impacto de la onda mágica. Desde la pared, Amihia se abalanzó sobre Kairhos. Sin embargo, Lokem consiguió detenerla congelando su cuerpo en un bloque de hielo surgido del hueco de sus mangas. La batalla parecía decidida pero Surihr aún pudo pronunciar las palabras de un conjuro y, mientras Kairhos lo dejaba inconsciente con un dardo mágico, el suyo anuló la voluntad de Vamia que se acercaba peligrosamente a Arish. Esta, un poco atontada por el golpe habló en el lenguaje de las plantas y de la madera muerta de la puerta surgieron unas cuerdas vivas que apresaron a Lokem y Shidia sin que pudiesen hacer nada. Sin embargo, quedó desprotegida frente a los ataques de Kairhos que, sin piedad, juntó sus palmas y con un arco eléctrico golpeó el pecho de la druidesa.

El brujo se volvió a Sohkem, terminado el combate, para preguntarle por qué no había actuado. Su mano llamó a la espada que aquel había soltado y, mientras cortaba las lianas que apresaban a Lokem y a Shidia, le increpó.

-Bárbaro inútil. ¿Qué pretendías? ¿Dejar que matasen a tus compañeros? Afortunadamente, yo estaba aquí. Si no estabas con nosotros más hubiera valido que te hubieras quedado en tu tierra.

El brujo no obtuvo más respuesta que el silencio. Pronto estuvieron prácticamente liberados y Vamia se recuperaba del conjuro de Surihr.

-Pregúntale qué hizo anoche, maestro -dijo Shidia.

Sohkem pareció reaccionar y la miró con desprecio.

-Entonces es eso -dijo Kairhos-. A pesar de mi prohibición te enfrentaste con Jinahr y fuiste derrotado. Por eso no luchas contra él. Por el estúpido honor en combate de tu pueblo.

El hechicero parecía realmente enfadado así como sus compañeros. Por eso no advirtieron lo que sucedía en la habitación hasta que Kairhos creyó oír un ruido y por el rabillo del ojo atisbó a ver una sombra. Instintivamente se giró. Allí estaba Jehr.

Vestido con una ropa normal para aquel mundo pero que nunca hubiera llevado en el propio tenía todo el aire de majestad y poder que le confería su magia. Por fin, había despertado.

Abrió sus manos, pronunció tres palabras hilando el último acorde del encantamiento y una luz blanca rodeó a Kairhos y a su séquito. La parte final del ritual. Un grito de desesperación brotó de varias gargantas a la vez. No duró mucho, sólo hasta que el poderoso archimago concluyó el hechizo con un gesto breve y firme; después, un estallido de luz purpúrea y el silencio de un suspiro.

EPÍLOGO

-Pásala, pásala, Amihia.

-Tuya, Surihr.

La peque a pelota de plástico trazó un arco parabólico y cayó al suelo de hierba. Una figura ágil rodó sobre el suelo y la cogió antes de que el alto joven que se había abalanzado sobre ella lograra alcanzarla.

-No es justo -protestó Jinahr-, estoy jugando solo.

Mientras los otros corrían de un lado a otro pasándose la peque a esfera se reían felices diciéndole:

-No te quejes, tienes toda la magia de tu lado.

El paciente caballero se levantó, sonrió y fue en pos de ellos.

A no mucha distancia, sentados cerca de un árbol y, por lo visto, algo cansados estaban dos jóvenes a la sombra de sus ramas.

Era verano y el aire estaba en calma. El cielo del atardecer, rojo, estaba lleno de pájaros que piaban detrás de los insectos. Unas mariposas bailaban entre las flores; una mariquita abrió sus élitros y echó a volar.

-Esto no es lo nuestro -comentó Arish.

-Definitivamente, no.

- ¿Dónde los enviaste esta vez?

-Lejos, muy lejos.

-Y ahora... ¿qué? ¿Ese lugar es seguro?

-La otra vez fallé; ésta, todo ha salido bien.

Ella se levantó. Paseó alrededor del pino en el que se recostaba el mago. Miró un momento a sus amigos, que seguían jugando, miró a Jehr, se miró a sí misma y sonrió. Apoyándose en el árbol suspiró.

-No vamos a volver.

-No es probable. Es mejor así.

Volvió a sentarse junto a él.

-Por fin descansas.

El mago la miró a los ojos. Apartó delicadamente unos rizos casta os que habían caído sobre su frente y le acarició la mejilla.

-Sí.

Ella acercó su rostro. Sus corazones se aceleraron. La mano de la joven tocó su pecho. Los dedos del joven tocaron el costado de la druidesa. Sus labios se sintieron unos segundos cálidos y suaves. Se miraron de nuevo. Ella apoyó la cabeza en su regazo. Sus manos se unieron. No hacían falta las palabras.

El sol comenzaba a ocultarse. Unas nubes se deslizaron hacia oriente para arropar su cama. El tiempo se deslizaba silenciosamente por el mundo.

FIN

Guía de lectura para LA BATALLA DE AYER.

ALTARIUS: Dios de los océanos.

AMIHIA: Guerrera amiga de Jehr: una de las pocas mujeres que participan en las altas esferas debido a su habilidad con las armas. Demasiado impulsiva.

ARISH (AMANDA): Druida del bosque de la Niebla. Amiga de Jehr y conocedora de los secretos de la Naturaleza. Inteligente, observadora y responsable.

AUSTIA: Gran diosa de la Tierra entre las gentes de Rostiar y Madre de gran parte de los dioses.

CIUMA: La capital de la magia donde se reúnen los magos de Rostiar. Está gobernada por magos y en ella prácticamente sólo viven estos. Sostiene las reuniones periódicas de la Cónclave.

CÓNCLAVE: El órgano dirigente de la sociedad mágica de Rostiar.

DAHIN: Espada de Kairhos. Cuenta una leyenda que la espada fue anteriormente de un gran brujo que puso en jaque a los gobernadores de las tierras de Rostiar.

JEHR (JUAN PEÑA): Uno de los más poderosos hechiceros de la historia viva de Rostiar. Realizó numerosos descubrimientos mágicos antes de que la guerra empezara lo que le valió la principalidad de la Cónclave de Ciuma. Al comenzar ésta y debido a sus ideales se adhirió a la causa imperial. Pronto fue ascendido al rango de general por sus dotes de estrategia y diplomático.

JINAHR: Caballero del Imperio Crimorano. Pertenece a la Orden de los guardianes de Silas. Gran amigo de Jehr desde que el emperador les encargó a ambos la dirección del ejército.

JOSHIM: Uno de los grandes maestros magos de la historia de Rostiar. Son múltiples las leyendas sobre él. Se desconoce siquiera si murió o simplemente desapareció.

KAIRHOS: El brujo poseedor de la espada de Dahin. Se cree destinado a dominar el mundo. Inicialmente perteneció a la corte de un noble al que asesinó junto con su familia para ocupar su lugar. Un formidable estratega que además ha logrado reunir a un equipo de hechiceros negros. Su némesis es Jehr.

KLIMIRIA: Diosa de los bosques y de la luna blanca. Adorada por los elfos principalmente y por la gente relacionada con los bosques. También tiene cierta importancia en cultos lunares. Las diosas correspondientes a las otras lunas son Cruna (luna roja) y Mlita (luna azul).

KRON: Dios de la guerra y de las tormentas.

LOKEM: Sacerdote de Takimor. Bajo la protección de su dios puede realizar conjuros de ilusión, muerte y destrucción. Traidor al emperador fue reclutado por Kairhos para su causa.

ROSTIAR: El conjunto de las tierras emergidas en el hemisferio sur de cierto planeta desconocido salvo por las historias como esta.

SHIDIA: Hechicera de gran renombre en la Cónclave. Algo envidiosa del poder de Jehr. Estuvo presente en su ceremonia de iniciación representando al tercer círculo. Su fascinación por Kairhos le acercó a su causa.

SILAS: Teóricamente una entelequia de los eruditos de la época de las ciudadelas de la historia de Rostiar. Se supone que es el Dios supremo que gobierna el universo. Su culto no tuvo mucha aceptación pero aún hay gente que cree en él. Alrededor de él se han creado numerosas instituciones como la Orden de los Caballeros de Silas que protegen a la gente en los caminos menos frecuentados.

SOHKEM: Guerrero bárbaro. Se supone que escapó con Kairhos hace tiempo de las

mazmorras de un conde ajeno al Imperio que los encarceló por ladrones. Desde entonces lo ha acompañado en todas sus hazañas. Su enfrentamiento con Jinahr parece tener origen en cierta lid que tuvo lugar en una batalla en el que ambos fueron separados por los acontecimientos y no pudieron terminar su pelea particular.

SURIHR (SANTIAGO): Uno de los más jóvenes generales del Imperio. Iniciado en las disciplinas de la magia e hijo de uno de los nobles su futuro en la corte prometía tanto como el del príncipe. Sin embargo, su amor por una criada le obligó a renunciar a su herencia. Está intentando demostrar que puede conseguir llegar muy lejos.

TAKIMOR: Dios de los infiernos y de la traición.

VAMIA: Hermana de Arish pero siempre enfrentada a ella. Adora la violencia y no tiene ningún escrúpulo. Al enterarse que su hermana se había unido a la causa imperial escogió la de Kairhos casi por diversión.